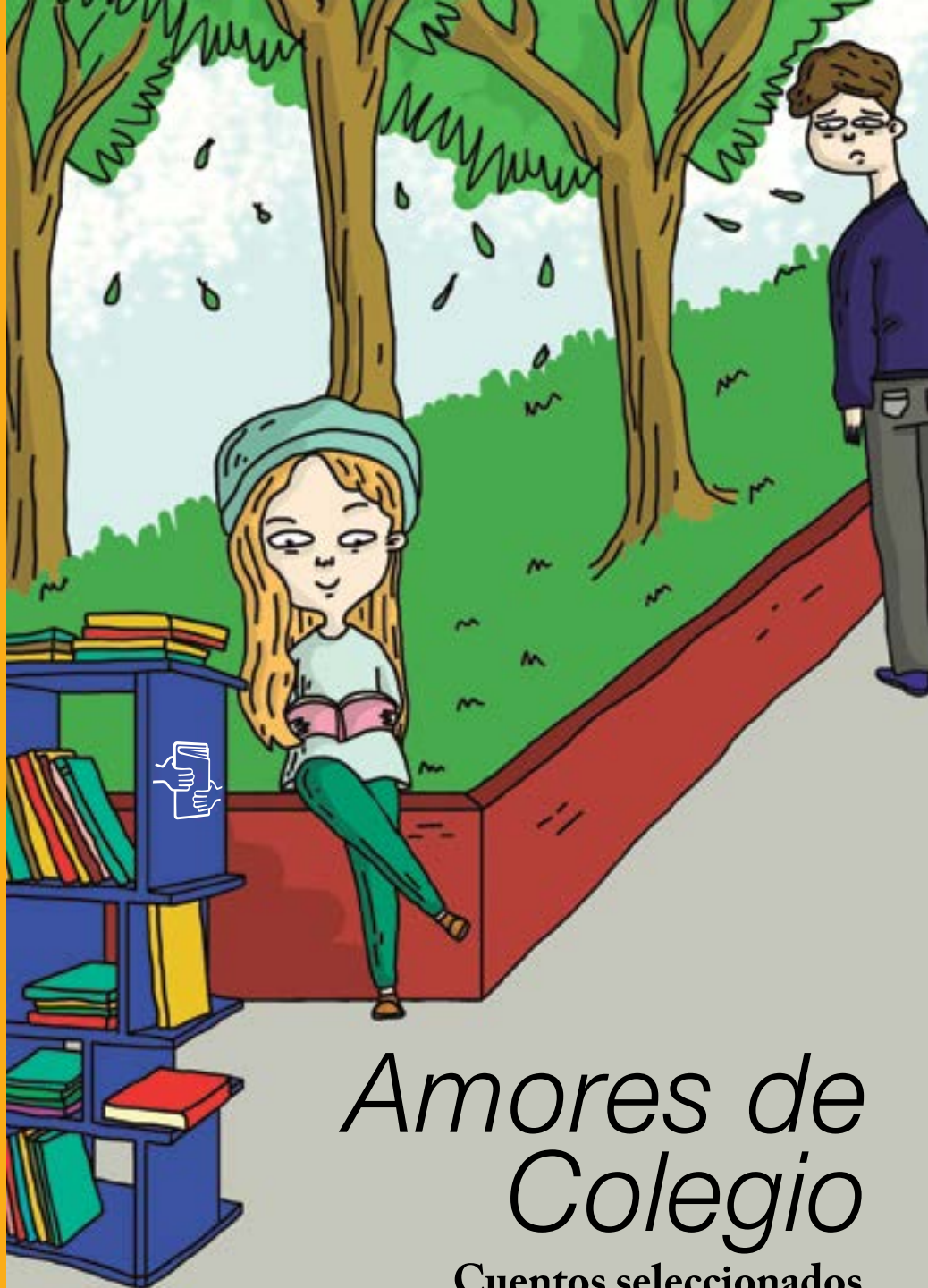


la biblioteca libre



Amores de Colegio

Cuentos seleccionados

Amores de Colegio

Cuentos seleccionados

Amores de Colegio: Cuentos seleccionados

Una publicación de La Biblioteca Libre, 2014.

www.labibliotecalibre.cl

Diseño y edición:

Nancy Godoy

Ilustraciones:

Romina Lavín Vidal

Impresión:

J.C. Sáez Editor

Esta publicación se basa en los resultados del concurso abierto “Amores de Colegio” convocado por La Biblioteca Libre entre los meses de Septiembre y Octubre del año 2013.

Contenidos

En los baños.	9
Evan	
El chico silencio.	11
Kyara Ortega	
Días de nieve.	15
MAIVO	
Canciones de amor.	27
Ana Ruiz	
Amor histórico.	31
Chie A.A	
Carta a un hombre desagradable.	35
Constanza Tejada	
En una esquina de la vida.	39
Nelo	
Humo de cuarto medio.	47
Álvaro Vidal Valenzuela	
Estaré donde menos lo esperes.	53
Gabriela Bordagaray	
Jumper y azul marino.	61
Jowa	

Prólogo

La Biblioteca Libre es una biblioteca colectiva creada con los aportes de miles de libros de cientos de personas, para que éstos sean compartidos entre todos y no se pierdan en los hogares, dándoles vida a través de la lectura.

Pero, ¿cómo surgió la Biblioteca Libre? A partir de Cátedras Libres, una red colaborativa de aprendizaje que promueve el libre intercambio de conocimiento a través de clases gratuitas. Un día se nos ocurrió pedir de forma voluntaria que los asistentes a estas clases colaboraran con un libro por asistir a una cátedra. Después de 3 meses logramos reunir más de 3.000 libros, y nos preguntamos, ¿cómo darles un buen uso de una manera innovadora? La respuesta fue la que ya conocen: devolver los libros reunidos a la comunidad por medio de lo que llamamos “Liberaciones”, que son, finalmente, el alma de esta Biblioteca.

Siempre en la línea de compartir y, de esta manera, generar conocimiento, quisimos ampliar esta Biblioteca de libros e historias ya leídas, para divulgar historias inéditas de personas que sientan el impulso, la necesidad o las ganas de compartirlas, a través de un concurso literario abierto a toda la comunidad.

Así, “Amores de colegio” recoge 10 de las más de 160 historias que recibimos en este, nuestro primer concurso, contando alguna

vivencia memorable de la etapa escolar. Amores, desamores, profesores, amores platónicos, reencuentros, separaciones eternas... El papel dio para todo, y justamente eso buscábamos: despertar tu apetito literario, despojar tu vergüenza y explotar tu creatividad.

En la elección de estas historias no participamos únicamente el equipo de la Biblioteca Libre. De la misma manera que nos gusta entregar y recibir conocimientos de las más distintas ramas y tendencias, quisimos invitar a participar como jurado a amigos de la Biblioteca Libre relacionados desde distintos ámbitos a la literatura, a los cuáles agradecemos su disposición y motivación para leer cada una de las historias que recibimos y, especialmente, por tener el valor de quedarse con unas pocas. Damos las gracias a Juan Carlos Sáez, Gustavo Cofré y Javier González por la labor desempeñada.

Finalmente, queremos mencionar que elegimos 10 no para hacer un ranking ni mucho menos. Solo quisimos destacar, dentro del mar de experiencias que leímos, aquellas que al jurado y a nosotros como equipo de la Biblioteca Libre nos llamaron más la atención, ya sea por lo excéntrico/entretenido de la historia como por la manera distintiva de relatar lo ocurrido. Agradecemos de todo corazón a todos los que se atrevieron y participaron, y por cierto felicitamos a los privilegiados cuya historia quedó estampada en este libro.

No nos queda más que saludarte a ti, que lees esto, con toda la alegría y entusiasmo que caracteriza a las Cátedras Libres y su Biblioteca, y desearte que disfrutes estas historias tanto como nosotros lo hicimos

Carlos Mancilla
Diego Ramirez



En los baños

Evan

Me obligó una vez más a verla entre los baños. No sabía cuán letal era hasta que llamó a uno de los profesores. Yo, semidesnudo la esperaba. Él, llegaba por aviso de un depravado en el baño de niñas. Cuando me vi en inspección, siendo suspendido y tratado de pervertido frente a algunas compañeras presentes, mientras ella a través de los cristales hacía divisar su risa, no sentí sino un frenesí dudoso, supe entonces, que la amaba.



El chico silencio

Kyara Ortega

Simplemente no le importaba que le gustara el más callado del curso, de todas formas, no tenía que rendirle cuentas a nadie, solo lo sabía ella y probablemente él. Le encantaba la tranquilidad con la que hacía cada cosa y esos ojos expresivos que decían todo lo que sus labios callaban, se enfurecía cuando los profesores lo regañaban por no contestar o cuando los bravucones del salón lo molestaban en los pasillos.

En algún momento, ella pensó que era mudo, pero no lo era o por lo menos no del todo, se expresaba con elocuencia en las exposiciones, pero en el recreo, en medio de su soledad, parecía que le hubieran comido la lengua los ratones.

Enamorada del chico silencio, decidió comunicarle todo con la mirada, hacerle saber sus sentimientos, así como el irrevocable deseo por ser blanco de una sola de sus palabras.

Pero él, ni cuentas se daba, el mundo visual le aburría menos que el sonoro, sin embargo, no le prestaba mucha atención a ninguno de los dos, si pudiese ir a las escuela con los ojos vendados o mantenerlos cerrados, lo haría sin pensarlo dos veces.

Sin embargo, la chica no se dio por vencida y decidió escribirle, una nota hecha bola de papel fue dejada en la mesa del chico silencio, quien la abrió, siendo espiado unos puestos más atrás, la

leyó con rapidez, la contempló unos segundos, la volvió de nuevo una bola de papel y la arrojó a la basura antes de que comenzara la clase.

Ella vio quizá, víctima del haz de luz que se colaba por entre la ventana, una ligera sonrisa en los labios del chico silencio y cayó en su puesto de un suspiro, ahora solo esperaba el momento para enfrentarlo y por fin hablar con el chico de sus sueños.

Lo que decía en aquella nota era tan valioso para ella, como insignificante para él, pero ninguno de los dos lo sabía.

Armada de valor, lo enfrentó a la salida, era ahora o nunca, lo miró fijamente con tanta expectativa como esperanza, ese día se había arreglado el cabello y pintado las uñas, solo esperaba la respuesta de su príncipe silencioso. Quien mirándola fijamente, se limitó a decirle: Gracias, no me gustas, lo siento.

Solo 6 palabras se había limitado a decir, solo 6, cuando ella había hecho 6x5 intentos para hablarle, 6x4 detalles para su cumpleaños, 6x3 historias inventadas para impresionarlo, 6x2 excusas para verlo a escondidas y 6x1 cartas de amor escritas en papel.



Días de nieve

MAIVO

Deseé que mi hermana resistiera hasta el próximo otoño, para que viera los *ginkgos biloba* en todo su amarillo esplendor, y no como los veía ahora desde la ventana de la clínica: desnudos de hojas y cubiertos de nieve.

¿Sabías que son árboles milenarios?—me preguntó entusiasta.

Le contesté con un gesto afirmativo, sin abrir la boca. ¿A quién importaba? Hacía un mes exacto, mientras esperábamos el resultado de la biopsia, me había parado en el mismo lugar aferrada a ese buen augurio: un árbol eterno y mágico frente a su ventana. Tonterías.

La enfermera le acomodó la almohada y retiró la bandeja del almuerzo. Miré el resto de gelatina y temí recaer en la anorexia. Llegado el momento, me marcharía por un tiempo a una playa centroamericana a tragar muchos soles, necesitaba entibiarme. Mariam se moría en invierno, antes de cumplir los cuarenta años, y en los últimos días ningún buen recuerdo acallaba mis recriminaciones: cuánto cariño postergado, cuánta conversación pendiente en espera de una ocasión más oportuna, inútiles discusiones por problemas domésticos o proyectos de vacaciones familiares que nunca concretamos. Y en el fondo, como un zumbido imposible de ignorar, mi envidia. Había envidiado la pareja de turno,

su ascendente carrera de paisajista, sus viajes, su matrimonio con Gastón, su belleza etérea, su natural delgadez, y un sinnúmero de situaciones que el cáncer relegaba ahora a nimiedades y a una dolorosa certeza: no éramos muy hermanables, y ya no lo seríamos.

A Gastón lo entrevistaron por el proyecto del estadio –dijo animada.

Mi cuñado saltando a la fama –fingí no saber.

El artículo incluirá una mini biografía, con algo así como «y está casado con Mariam Ferrada, talentosa paisajista».

Ya veo la cara de envidia de algunos.

Camila, no me hagas reír, ¿quién podría envidiar a un futuro viudo?

No hables así, Mariam, vas a salir de ésta. El próximo verano estaremos en la terraza del Costa Mango tomando unos tragos y todo esto será historia.

El Costa Mango... que Dios o quien sea te escuche...

La miré desde la puerta, una bella durmiente entrada en años. Tenía mejor aspecto que la semana pasada, el suero mantenía su piel lozana y no parecía agotada como otros días. Nunca la había visto vociferando al planeta. Esa habría sido yo. Conservaba la valentía porfiada de la adolescencia que siempre admiré. Me acomodé la bufanda y abroché los botones de mi chaqueta con una sola mano, mientras la otra acariciaba en la oscuridad del bolsillo el papel doblado con la dirección de Lucio. No tenía mucho sentido, aparecer justo ahora después de tantos años. Camino al estacio-

namiento comenzó a nevar, y aunque el paisaje urbano de Madrid distaba mucho del patio de mi niñez, en la Patagonia argentina, me refugié en el recuerdo de aquella mañana.

Mi madre entró al dormitorio a grandes zancadas, recorrió la cortina y nos despertó a los gritos. Había nevado durante la noche. Nosotras, que hasta entonces solo conocíamos la nieve de mentira del árbol de Navidad, que confeccionábamos escardando motas de algodón con los dedos bajo el calor de diciembre, saltamos de nuestras camas a observar el espectáculo. Era nuestro primer invierno en la Patagonia y si bien no eran los Alpes, la nieve cubría el patio, la casucha del perro, unos leños arrumbados en perfecto equilibrio, adornaba unos arbustos raquíticos y colgaba majestuosa del cerco entretejido, haciendo visible los rombos de alambre. Miramos extasiadas. Luego mi madre, recordando nuestras responsabilidades, cerró el telón y la pelea por ocupar el único baño, la búsqueda de calcetines perdidos y la leche tibia precursora de náuseas, entraron a escena. Todas las mañanas repetíamos iguales carreras y advertencias maternas, acumulando días en la memoria con la misma indiferencia familiar con la que se apilaban los periódicos en el baño.

Nos vestimos, nos abrigaron, desayunamos con más apuro que hambre y nos fuimos al colegio. Queríamos alcanzar la calle, recorrer cada palmo y llegar en breve y a la vez no llegar nunca. En el trayecto nuestra relación con la nieve progresó: la pateamos, nos

deslizamos sobre ella, la apretamos con las manos, la miramos a contraluz, nos maravillamos observando las diversas formas de los cristales, la olimos y al final nos echamos un puñado en la boca y nos la comimos. Después de todo teníamos trece y once años, edades perfectas para atragantarse con nieve.

En el colegio tocaron la campana más tarde de lo habitual y la preocupación por el atraso colectivo se esfumó. Nos dirigimos expectantes a nuestras salas en desordenada formación, deseando el recreo y la guerra de bolas de nieve que se avecinaba. En el curso de Mariam habían inventado un juego nuevo. Separados en dos equipos, los varones por un lado y las niñas por otro, y apostado cada grupo detrás de una improvisada barricada, se apuntaba a la cabeza de quien te gustaba, y si el golpe resultaba certero el niño se acercaba y besaba a la niña delante de todos. Me pasé la primera hora de clase mirando por la ventana y pensando en el Tano y en su hijo. El italiano atendía el kiosco del colegio y su hijo Lucio a sus dieciséis años era el más apuesto de todos los varones que yo a mis once años conocía, y esto incluía los actores de moda, los superhéroes de las seriales gringas, y hasta las figuritas del mural del 78 con los rostros de Norberto Alonso y Tarantini. Me imaginé caminando distraída entre ambas barricadas y como una premonición de Titanic con una deslumbrante Kate Winslet mirando la inmensidad del océano, película que vería veinte años después, yo levantaba con fingida sorpresa mi rostro, un rayo de sol invernal iluminaba mis ojos claros, una bola de

nieve salía en cámara lenta de las ágiles manos de Lucio, golpeaba con puntería eficaz mi gorro de lana y por primera vez él se fijaba en mí. Se acercaba a paso lento mirándome con dulzura, mientras el colegio pedía a los gritos: ¡Qué la bese! ¡Qué la bese! ¡Qué la bese! El timbre retumbó en mis oídos y desperté, era el aviso del recreo largo.

Salimos con mis compañeras atropellándonos a los codazos. El curso de mi hermana se encontraba en plena batalla. Nos detuvimos a pocos pasos, busqué a Lucio en el tumulto, pero entre tanto grito y desorden no pude dar con él, solo reconocí en medio de ambas barricadas a Mariam llevándose la mano a la cabeza por un tiro certero, y al rehacer la trayectoria, vi a unos metros al hijo del Tano con los brazos en alto solicitando atención; después escuché varoniles gritos de júbilo y las risitas histéricas de las amigas de mi hermana. Una dolorosa puntada en la barriga me dobló. Miré los gruesos bototos de él sobre la nieve pisoteada, que ya no era majestuosa, ni luminosa, ni pura, sino un sucio y pantanoso barrial. Conté los lentos pasos que dio hasta las botas de Mariam, que de seguro lo esperaba con una sonrisa cínica fingiendo nerviosismo. Levanté la mirada y grabé el beso con deleite masoquista. La envidié desde ese momento.

Aún me veo con la cara crispada insultándola, elevando a pecado mortal el beso público con lacerantes chillidos y la amenaza de contarle todo a mamá, ¡que cómo había podido!, que era una suelta, que me daba vergüenza ser su hermana. Íbamos camino

a casa, una al lado de la otra, esquivando los charcos de nieve derretida con el hambre feroz del mediodía. Ella, indiferente a mi cantinela evangélica de “arrepentíos hija del pecado”, avanzaba con la cabeza en alto y la mirada puesta en ese futuro de besos y caricias que le esperaba. En las ocho cuadras que separaban el colegio de casa, comprendí que nunca tendría el desplante de mi hermana mayor, y que ella, a sus resueltos trece años, simplemente era mucho más auténtica de lo que alguna vez yo llegaría a ser. No sospeché que esa sensación de bosquejo me acompañaría hasta la adultez.

El edificio de Lucio quedaba a unos minutos de la clínica, en una zona madrileña de elegantes construcciones. Toqué el timbre del departamento con ansiedad y reprimí mi alegría. Disfrutaba mi nueva actitud penitente y no tenía energías para explicaciones psicológicas, simplemente mi cuerpo obedecía. El dolor de una forma misteriosa nos convierte en animales rastreros con un estrecho ángulo de visión. Mi mundo perdía densidad e importancia como un dibujo estropeado bajo el agua; a ratos mi existencia era una mancha borrosa. No sabía muy bien que buscaba yendo a ese encuentro. Después de todo hacía más de veinte años que no sabía de Lucio. Muchos de esos amigos solo cobraban vida cuando mirábamos viejas fotos o nos topábamos con alguien y repasábamos en qué estaba cada uno, más bien por cumplir un protocolo que porque nos importaran de verdad.

Cuando su rostro perfecto asomó tras la puerta del departa-

mento, recordé la foto que envió desde Buenos Aires. Gracias al beso se hicieron «noviecitos de colegio», como decía mi madre. El romance duró unos dos años, tiempo suficiente para perderme en la forma de sus manos, en el sonido final de una carcajada, en el impaciente tamborileo de sus dedos sobre la mesa del comedor, en la dulzura para explicarme un problema de matemáticas, en su cara de asombro frente a una noticia, o en su pedantería de saberse bello, atlético, inteligente. Lo amé. Pero un día el Tano bajó la cortina del kiosco y se marchó con su hijo a la capital para trabajar de conserje en un edificio. «Viven en pleno centro, en un departamento de la planta baja», repetía mi hermana a sus amigas dándose importancia. La foto llegó envuelta en una carta que nunca pude leer, como muchas otras, y mostraba a Lucio tan alto como estaba ahora, posando delante de unas cebras en el zoológico de Palermo. Nunca regresaron al pueblo. Mariam redujo sus cartas a un volcán de pedacitos de papel que ardió desde la base cuando encendió la hornalla de la cocina. Apoyada en el marco de la puerta y a unos metros de la sacrílega fogata, mientras negras virutas revoloteaban como oscuras mariposas, odié su indiferencia y ese olor a papel quemado, que hasta hoy asocio a finales tristes. Al año siguiente ella fue coronada reina de la primavera y le florecieron nuevos candidatos.

Lucio seguía siendo hermoso. Lo vi como un príncipe que por motivos misteriosos vive oculto entre la plebe. Se veía muy joven. Me sonrió mostrando una perfecta dentadura y en un momento

de la conversación, levantó un mechón rubio que le caía sobre la frente, como en su época de estudiante. Su manzana de Adán, bajaba y subía mientras hablaba. Por unos minutos, las ganas de apropiarme de esa belleza itálica, sin la inocencia de los tiempos escolares, renacieron. Me convencí que era un buen presagio que ambos aún estuviéramos solteros, viviendo en la misma ciudad, a miles de kilómetros de la Patagonia argentina donde nos habíamos conocido.

Me contó cómo, después de titularse de bioquímico, consiguió trabajo en una multinacional y cumplió su sueño de salir de Argentina. Su padre vivía aún en Buenos Aires. Le hice una breve línea de tiempo con los principales hitos de nuestra historia familiar, comenzando torpemente por el matrimonio de Mariam y un famoso arquitecto. No hablé mucho de mí, pero le di indicios sobre mi soltería y mis clases en un prestigioso colegio, y cuando llegué al presente, el tumor de Mariam se abrió paso como un bebé defectuoso que insiste en nacer. Le relaté el día que los médicos confirmaron el diagnóstico, cómo estaban mis padres, Gastón, la propia Mariam y terminé con detalles anecdóticos, para relajar el denso silencio que siguió a mi relato. Al final le conté que había cambiado mis novelas históricas por libros de autoayuda en todas sus versiones: psicológicas, esotéricas, mágicas, metafísicas y varios especialistas de primera clase; y cómo desde la ducha matinal hasta acostarme, mi cabeza buscaba causalidades y conspiraciones del universo para encontrarle sentido a todo lo que estaba suce-

diendo. Como había leído en un libro, una gran orquesta tocaba allí afuera una música que yo no podía descifrar, a menos que me lo propusiera. Y en eso estaba.

Es un eficaz método para anestesiar el miedo –dijo mirándose las manos.

Solo se lo distrae, y a ratos –agregué.

¿Y cuál es tu mayor miedo, Camila?

Mi vida sin Mariam –dije sin pensarlo.

Me sorprendí con mi respuesta. Nos quedamos callados.

Supongo que debe ser difícil –añadió arrastrando las palabras.

No tiene hermanos, pensé; nunca sabrá cómo se siente. Me reconfortó que estuviera a salvo de ese círculo vicioso de dolor y culpa en el que me encontraba, lo hacía más elegante. Y más lejos de todo.

Me imaginé con él en varios bares que conocía, enredados en largas conversaciones sobre el misterio de la vida. Me vi colgada de su brazo caminando por un parque. Lo vi yendo a la clínica en una visita de cortesía. Me imaginé sus manos rodeando mi cintura. Inútil. Éramos dos extraños jugando a ser conocidos. Mis divagaciones se interrumpieron con el ruido de una llave en la cerradura. Me lo presentó como su pareja, sonriendo nervioso. Me confesó, cuando el joven moreno entró al dormitorio, que gracias a ese primer noviazgo había confirmado sus dudas. Que su padre al saberlo optó por huir, cambiar de aires, salir arrancando. Mi locuacidad, como un celular sin señal, se fue apagando de a poco. Pensé

que la solución del Tano también podía ser la mía. Fingí mirar un mensaje en mi teléfono e inventé una buena excusa. Necesitaba abrazar a mi única hermana. El moreno llegó cambiado de ropa para despedirse, me acompañaron ambos a la puerta y nos dijimos todo eso que dice la gente civilizada: estamos en contacto, organicemos algo con más tiempo, que estaba feliz de haberme visto y que lamentaba lo de Mariam. Asentí a todo, di unos besos apurados y apretones de manos. Me pareció que mi visita había durado años. Un enorme alivio sobrevino cuando cerraron la puerta tras de mí.

Dos o tres meses como máximo, había dicho el médico. Miré la hora. Me imaginé contándole todo a Mariam, desde la primera nevada, mi enamoramiento infantil, el pasado contaminando el presente, el miedo a no ser amada, mi admiración y mi envidia, la homosexualidad de Lucio, el Tano arrancando del pueblo, mis pies en polvorosa... Y nos escuché reír de nuevo, a las carcajadas, como esa mañana feliz de la niñez en que nos atragantamos con nieve. Tal vez era cierto, una gran orquesta tocaba una música y estábamos aquí para descifrarla. Nada es casual. Llegué al auto y al sacar las llaves del bolsillo me topé con el papel con la dirección de Lucio. Lo enrollé, y como una pequeña bola de nieve, apunté, lo lancé y cayó dentro de un contenedor. Me subí y tomé por fin el camino para regresar a Mariam. Afuera ya no nevaba y un sol luminoso prometía alargar la tarde.



Canciones de amor

Ana Ruiz

Recuerdo que existió el día en el que soñé con la posibilidad de que algún día hubiésemos escuchado todas las canciones del mundo juntos.

El nuestro fue un amor de canciones. Él tocaba su guitarra en el pasto frente al colegio, mientras la idiota que se creyera sabionda en música de turno inventaba las letras a la canción que él tocaba de minuto. Desde lejos yo admiraba al ser glorioso, que llevaba su guitarra como Napoleón habrá llevado su espada. Me parecía la guitarra un glorioso complemento para la más exquisita obra de escultura jamás creada. Me parecían sus ágiles dedos que entonaban canciones de Arjona mariposas iluminadas. Me pilló un día cantando desde lejos “Ella y Él” y desde ese día empezó el amor de canciones.

Su primer regalo fue un disco repleto de canciones de rock, escogidas por él. Conocí a los Red Hot Chili Peppers, The White Stripes y The Who. Dejaron las canciones de mi reproductor de seducirme con la voz de Maná y Jorge Drexler para despeinarme con guitarras cruzadas por rayos de tormenta eléctrica. Yo le regalé devuelta un beso. Pero él no quería un beso, quería que yo le cantara.

Y solo porque era un dios de mármol hecho carne, le dije que sí.

Mi mundo desvaneció alrededor nuestro mientras él afinaba su guitarra. Su perfil atento al tono de cada cuerda era para mí el de un genio musical, más grande que John Lennon y que Mozart. Empezó a tocar mi favorita, “Bendita tu Luz” y no me salió la voz. Se rio y volvió a empezar. Y ahí empecé yo y comenzó nuestro dúo. Él tocaría y yo cantarí. No podíamos estar uno sin el otro.

Recuerdo una noche de verano en la que nos tendimos sobre el pasto del jardín de mi casa, uno al lado del otro con solo el contacto de mi cabeza sobre su pecho, mi mano en la de él, y un par de audífonos para unirnos. Escuchamos una canción de mi reproductor, que por ese tiempo ya se había paganizado y llenado de todas las músicas que se podían escuchar. Luego escuchamos otra canción. Se movían los astros sobre nosotros, pero no nuestras bocas; todo lo que teníamos que decir lo decían por nosotros las letras. Salió en una de esas “El Muelle de San Blas” y la saltamos. Esa fue la noche en la que pensé que me gustaría poder escuchar todas las canciones del mundo con él. Pensé que nada había mejor que una canción compartida, que un mundo entero compartido por la melodía, la rítmica la letra. No éramos más que una canción compartida; y así se nos fue la noche, en escuchar música.

Pasaba que mientras otras parejas malgastaban su tiempo de recreo en el colegio limpiándose mutuamente los dientes con la lengua, nosotros nos sentábamos en el pasto a tocar y cantar. Tal vez alguno quiso callarnos, pero prefiero pensar que hacíamos un buen dúo y, si nadie lo hizo jamás, era por algo.

Hubo un día en el que quiso enseñarme a tocar la guitarra. Fue un fiasco. Y de ahí yo trate de enseñarle a cantar. Ahí quedó mi vergüenza. “Los dúos son dúos por algo” me dijo. “No me gustaría que fuéramos nada más que yo tocando y tú cantando.” “El uno para el otro” contesté yo.

Una tal noche en su cuarto empastado con caras de metaleros desfigurados por la droga y el maquillaje, tocando *Stairway to Heaven* de Led Zeppelin, la ropa sobró y los dos descubrimos algo más de la vida.

Otra noche iba a su casa a mostrarle una nueva canción que había encontrado. “Mira, encontré una canción geni” y ahí me quedé. Estaba tocando una algo que no me acuerdo, pero me acuerdo de un estribillo lento, repetitivo y triste. Lo encontré llorando de la manera avergonzada y violenta en la que lloran algunos hombres. Me gritó que me fuera. Y me fui.

Se acercaba el invierno y cubiertos en parkas y sin hablarnos, escuchábamos canción tras canción de desamor. Ahí supe que no quería escuchar todas las canciones del mundo con él.



Amor histórico

Chie A.A

No encontraba las palabras para describir lo que él me hace sentir. Por más que busqué no las encontré. Creí que nunca podría explicar lo que siento...pero durante la clase de Historia llegaron a mí las ideas. Las enfoqué todas en un poema, el cual escribo aquí.

“Él es el tirano

Cuyo poder me atrapa

No tengo escapatoria

Su ejército es tan grande

Que no me deja salir

Oh, tirano

Te proclamas gobernante de mis sentimientos

Me invades

Con tus ojos

Me enseñas tus verdades

Con una sola palabra

Más conflictivo que Ares

No dejas de pelear por mis dominios

Tú, tirano

Cuyo imperio de amores

Se expande

Por más que me rebele

Me atrapas
Me sofocas
Luchas
Contra mi nacionalismo
Porque te crees amo
De mis sentimientos
Por más que te amo
Solo soy uno de tus cientos
Territorios conquistados
Oh, tirano
Me rebelaré
Lucharé
Mis sentimientos serán míos
No te dejaré
Llamarme mía
Así que alejaré
Tus ejércitos de mí
Mía será mi soberanía
Oh maldito tirano
Escucharás mis himnos
Que sofocarán los tuyos
No te convertirás en canciller o emperador
Porque yo seré mía y siempre mía
No otra colonia tuya
No otra de las mil

No caeré ante ti
A pesar que te amo.”

Con él me siento como una nación conquistada por un imperio. Como una nación que reclama libertad... porque él solo me desea como otra de las chicas tras él. Porque él es un imperio que quiere sofocarme con sus himnos de dulces palabras. Cree que me tendrá... pero no será así. Por más que me guste sé que solo soy otra más, y eso me hace odiarlo. Y por lo que más lo odio es por hacerme amarlo.

Creo que al final las clases de Historia sirven para algo.



Carta a un hombre desagradable

Constanza Tejada

He buscado cientos de formas de decirte lo mucho que me desagradas, que me molestas, que te odio y esta carta parece ser la mejor manera, tomando en cuenta que siempre compartimos eso, las letras.

Aún tengo fresco en la memoria el día que nos conocimos, ese día que por casualidad, llegamos al mismo lugar, al mismo tiempo y sólo compartíamos frases malhumoradas y pesadeces, y lo único que pensé fue “que tipo más desagradable”. Y en ese momento lo supe, supe que tendría que estar con tus comentarios “mala onda” por mucho tiempo más, y así fue, y ahora, en mi soledad te escribo para que sepas lo mucho que te detesto.

Detesto que te rías de mi o de lo que digo, también detesto como le bajabas el perfil a las cosas importantes que pasaban; me desagrada de sobremanera que me preguntes el por qué de todo; me carga que me escribas, sobre todo los poemas, me apesta que nunca hayas intentado llevarte bien con mis amigos; odio la forma en que me miras cuando hago algo, esa mirada profunda que me hace preguntarme qué es lo que piensas de mi, y eso me desagrada aún más, no ser capaz de saber qué es lo que pasaba por tu cabeza cuando estabas conmigo, odio cuando me hacías leer poemas en voz alta sólo para deleitarte con mi vergüenza, detesto que siem-

pre conseguías sacarme de mis casillas, preguntando sobre mis sentimientos sabiendo cuanto odio hablar de eso, odio que en más de tres años de ir y venir, nunca me tocaste algo que no fuera la cintura, pero con sólo un beso me hacías volar a las estrellas, me desagrada que me hayas hecho creer que éramos una estrella plasmada en el universo, que estaría por siempre, inclusive cuando no estuviéramos juntos, y ahora cada vez que miro al cielo me es inevitable pensar en ti.

Pero por sobre todo me desagrada tú, tu forma de actuar conmigo, tu misterio, tus miradas desgarradoras, tu forma de hablar, de escribir, inclusive de caminar, la forma en que te ves cuando te fumas un cigarro, o lees un libro, y la forma en que termino encontrándote en todas partes, a cada momento, y cabe decir que no siempre es en la realidad.

Quizá pueda atribuirle esto a la desgarradora experiencia que se hace llamar adolescencia, pero la verdad es que tú y yo sabemos que nos recordaremos por siempre, como el amor que fue todo y nada a la vez.

Lo peor de esto no tiene que ver con cuanto me disgustas, sino que aunque seas un hombre desagradable en todos sus términos, me enamoré de ti y todas tus pesadeces, como una niña pequeña, y quizás mientras rehaces tu vida con ella, le termines contando las mismas historias de estrellas y plazas solitarias, de cigarros y libros, y yo me quedaré aquí con tu poema escrito en mi pared, con mis recuerdos abandonados y mi cigarro a media noche.

Y sé que fue nuestra decisión tomar caminos separados, pero omitimos un pequeño detalle... la Tierra es redonda y los destinos nunca dan vuelta atrás.

Atte. Una conocida



En una esquina de la vida

Nelo

Cuando te vi aparecer en esa esquina, los mejores recuerdos de mi juventud se reunieron en un solo segundo. Todas esas primeras veces que viví junto a ti volvieron una vez más para golpearme con emociones que no sentía hace años, entregándome al pánico y adrenalina que solo tú has logrado provocar en mí. Admito que inmediatamente sentí el impulso de seguirte y lo hice sin despegar mis ojos de tu cuerpo, te seguí por varias cuerdas, observando tu cabello y la manera en que éste danzaba al viento, tan caótica y sensual al mismo tiempo. Respiré fuerte mientras caminaba sobre tu sombra para intentar sentir tu aroma. Tus piernas se mantenían igual de provocadoras y tus curvas, Dios, tus curvas redondeaban mi mirada, atrayéndome a un espiral placentero de solo admirarte. Te perseguí hasta la librería, fuiste directo a la sección de Poesía y Filosofía (como asumí que lo harías), yo me encontré mirándote de reojo esperando que me reconocieras, y ¡gracias Ganesha!, lo hiciste. Aún recuerdo los detalles de ese momento, gritaste ¡Gonzalo! (nunca mi corazón había latido tanto al escuchar mi nombre), yo fingí sorpresa y nos abrazamos como si fuese una despedida, me prendiste por completo con tu mirada y reemplazaste mi pánico por una calma de domingo en la mañana.

Yo no era el mismo y tú no eras la misma, pero había algo

en tu mirada que se mantenía, ése pequeño brillo al final de tus ojos, como si fuese un farol resplandeciendo en medio del océano, seguía ahí.

Después de ponernos al día con lo normal, te invite a tomarnos algo. Compraste El Crepúsculo de los Dioses y yo Las Flores del Mal (ya lo tenía pero quería impresionarte).

Fuimos a la terraza de un pub y cada palabra que intercambiá- mos desde entonces me llenó de una euforia difícil de explicar, algo importante estaba sucediendo, lo podía sentir en mi piel, en la comezón de mi alma, éramos el centro del mundo, todo giraba a nuestro alrededor, estábamos solos en esta sobrepoblada ciudad.

Sé que crees que tengo mala memoria pero recuerdo cada se- gundo de ti, cada mirada, cada conversación, especialmente las de ese día:

Gonzalo, ¿te acordai cuando éramos chicos? Vivíamos el presente sin miedo, dejando siempre el futuro para después, opinando sobre la vida, ebrios cada momento, embriagados con una libertad que creímos que nunca perderíamos, que no cam- biaríamos por nada ni nadie, riéndonos sin parar, caminando a casa en la madrugada, despertando en la playa, esperando eternamente al amor eterno pero sin decírselo a nadie... Y ahora míranos, dañados, arrugados (ninguno estaba arrugado pero comprendí lo que querías decir), todo suena como a 'true love waits', no estamos viviendo, solo

estamos matando tiempo (recordabas nuestra canción). Perdón, estoy siendo demasiada sincera, no es que sea más pesimista que realista pero bueno, a veces esas dos cosas son lo mismo. En fin, fueron buenos tiempos los que vivimos juntos, ¿cierto?

Por cada palabra frágil y honesta que salía de tu boca, me enamoraba no solo de ti, también de la vida, del momento y de mí por el solo hecho de estar ahí. La verdad es que nunca me sentí como un escritor hasta ése día, tus maneras y toda esa excitante complejidad dentro de ti me inspiraron como nada ni nadie lo había hecho antes, y hasta el día de hoy tengo la urgencia permanente de sentir, de vibrar, de vivir con la misma honestidad que siempre encontré al verte sonreír.

Con mi ser ardiendo por dentro, te respondí:

Sí, fueron buenos tiempos para estar vivos y no creo que seas pesimista Sofía, mucho menos realista, sólo eres sensible, no en el sentido de llorar cuando te caes de la bicicleta, sino en que tienes el don de sentir todo esto, y créeme que no todos pueden. Me acuerdo de las conversaciones que teníamos cuando caminábamos juntos a casa, el tiempo era un detalle y podíamos hablar de lo que fuese por horas, sin aburrirnos. Yo observaba tu mirada perdida en la nada mientras conversábamos de todo, sintiendo de verdad, preocupándote, dejándote llevar por las emociones. La verdad es que no puedo recordar el colegio sin que mi mente pase por ti, tú fuiste mi ramo favorito, no es que quiera conquistarte (sí quería),

sabes que soy un romántico y creo ser la reencarnación de algún desconocido poeta francés, ebrio y pobre, escribiendo de noche en un callejón mientras los gatos pelean y los perros aúllan, respirando tabaco, con un lápiz sangrando en una mano y una copa de vino en la otra. Pero en serio, tú fuiste el punto de inflexión de mi juventud, mi musa, tú me elevaste como persona y me siento bien con la versión actual de mi mismo, gracias a ti más que todo (me observaste con ternura, lo sé).

No has cambiado, sigues siendo un niño inocente.

Lo dices como si fuese malo ser un niño. Todos somos niños, queremos reír hasta que no podamos respirar, queremos saltar y escuchar la campana del recreo, todos queremos salir a jugar.

¿O no?

Sí, sí, tienes razón.

Gracias por darme tu aprobación, me siento honrado.

De nada, te la ganaste.

También recuerdo lo que paso después:

¿Qué quieres hacer ahora?

Yo me voy a casa.

Te acompaño.

No, gracias Gonzalo. Me alegra mucho volverte a ver después de todos estos años, ¿sabes?, te veo y es como si el tiempo no hubiese pasado, me siento como una niña otra vez, me siento extraña, alegre pero con miedo. Eres un hombre excepcional, significa que eres diferente al resto, de esas personas que rara vez conoces en tu

vida y que hacen girar tu mundo en diferente direcciones, como si estuvieses rodando en el pasto hacia abajo, y si tienes la suerte de enamorarte de una de esas excepciones, me imagino que sería sublime, como dos estrellas explotando en el cielo, iluminándote. Pero seré honesta, no nací para amar, lo he intentado demasiadas veces y creo que ya me rendí, recuerdo un tiempo donde hasta sufrir por amor me llenaba, ahora lo menos que quiero es problemas, por fin estoy estable, tengo mi independencia, así que no te enamores de mí otra vez porque si lo haces, te volveré a hacer daño, te lo aseguro.

Al escucharte decir esas palabras y ver cómo los últimos rayos del sol llegaban lentamente a tu rostro, abrigando tus tímidas pecas, me miraste con tus ojos de siempre y con una sonrisa que no pude evitar, te respondí: lo sé, ¿recuerdas?

Diez años han pasado desde ese día y la verdad es que te equivocaste, no me hiciste daño, al contrario, después de ese día vivimos años sumergidos en el amor, en las sábanas de una felicidad que aún me envuelve de repente. Muchas veces mi mente se alegra pensando en ti antes de dormir, en la complicidad que disfrutamos, en los platos que cocinamos, en las copas vacías sobre la alfombra, en las fotos sobre la repisa, en las palabras mudas y miradas desnudas. Siempre estaré agradecido por haberte encontrado ése día y que nos hayamos reconocido. Mi alma te seguirá persiguiendo y te aseguro que te volveré a encontrar en alguna esquina de esta

vida o en la siguiente, así que espérame, guárdame en tu corazón porque un día vendré a golpearlo una vez más para ver si sigo ahí.

Dicen que somos lo que recordamos y si he de pedirle algo a los dioses es que nunca me dejen olvidar. A veces mi esposa usa el mismo perfume que tú, tal vez por eso estoy aquí, escribiéndote a ti.



Humo de cuarto medio

Álvaro Vidal Valenzuela

En el caso hipotético de que nos podamos encontrar un día, por casualidad, al contrario de lo ocurrido todos estos años, que de ti no he visto ni rastro, creo, muy sabiamente, que debemos prepararnos.

Te diré “hola Sofía”, si es que ese es tu nombre. ¿Te quieres tomar un café en el Starbucks? Yo invito, y tú, tan bella como siempre te imaginé, te encogerás de hombros, así como solo los personajes de novelas pueden hacer. Bueno, dirás. Y yo, pensando en que somos poesía, lanzaré mis tristes redes a tus ojos oceánicos, o quizá, construiré un nuevo canal, que comunique por fin, tu mirada atlántica con mi natural pacífico.

Te hablaré de todo lo que hemos vivido separados, diré que anoche soñé con un restaurante enorme, en donde sólo estaba mi madre, mirándose por la ventana como si fuese un espejo, tan lejana como mía, tan borrosa y tangible, una madre con mirada entre severa y fraternal, una mirada fría, autodirigida y demoledora. O quizá te diga que hoy vi a mi padre hace años, de joven, caminando de vuelta a casa, ¿por qué no eres presidente? le decía en esos años un niño pequeño, muy parecido a mí. ¿Por qué no lo fuiste?, diré entre suspiros, ¿por qué?

Entre versos y pasos llegaremos al Starbucks, dos *Frappuccinos*,

una mirada cómplice. ¿Qué quieres?, dirás. Quiero ver tu nombre junto al mío en una de esas feas tazas, que diga 'Albaro y Zofia', tan ininteligible como temblorosamente escritos. Quiero que mis días dejen de ser tumores de noches pasadas, o extravagantes mutaciones de la nostalgia, pensaré perdido en tu voz. Un *Mocha* con soya, diré, ¿y tú? Un dulce de leche.

Junto al olor a café, llegará un recuerdo, o dos quizá, sobre una noche entre copas con olor a polvo y alfombras sucias, rindiéndote culto entre Cerati y La Renga, entre verde y azul, entre whisky y libros. Para un amanecer verdeazulado o azulverdoso, lleno de mareos y náuseas, abrazado a una botella de agua, y en donde ser botella, para mí, consistía en ser tú, y no.

Elegiré para nosotros los mejores asientos, y con los *Frappuccinos* en la mesa, te preguntaré por tu libro favorito, tu canción favorita, cuántas veces has amado, qué jugo te gusta, si las elecciones fuesen mañana, ¿por quién votarías?, qué harás de tu vida, en qué curso vas, cuándo es tu cumpleaños, y cómo se llama tu madre. Responderás, pero no te escucharé, aprovecharé la instancia para mirar tus gestos, para contar cuantas veces pestañeas, para verte todo lo que no te he visto, pues ya me sé las respuestas.

Juntaré todo el valor que pueda entregar un *Frappuccino*, y te escribiré en la servilleta 'Quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos- P.N.' Reirás un poco, ¿Qué le hace a los cerezos?, reiremos. Tus ojos se pondrán chinos por la sonrisa, y aprovecharé para ver a través de ellos como si fuesen la rendija de

una puerta. No sé cuántas veces se me tiene que repetir tu nombre para pensar que de verdad la vida te dice las cosas a gritos, diré. Y antes de que puedas formular palabra y que nuestra distancia crezca junto al tiempo, te hablaré sobre la pequeña Sofía que vive en la esquina y le gusta tocar la flauta dulce, siempre con vestido y pantuflas, de la gata del Andrés que tiene ese mismo nombre, aunque yo sea uno de los que piensan que tiene más cara de Anastasia que de Sofía, hablaré sobre la animita de la anónima Sofía en el poste del Líder, donde probablemente fue reventada su pequeña cabeza, sobre esas eternas clases de filosofía, con la profe Vero, hablando de los sofistas, de la niña que apadriné en el SENA-ME en segundo medio, y de esas tardes en la biblioteca donde te soñaba eterna.

Y si pese a todo aún no te has ido, aún puedo salvarte, aún puedo preguntarte sobre la vida, aún tengo la posibilidad, por pequeña que sea, de que un día nos acostemos, sin dormir, hablando sobre la inmortalidad del cangrejo, mientras el amor nos hace entre un siete y un diecinueve. Si aún estás ahí, sentada como si todo, o como si nada, callaré, o mejor dicho te regalaré mi silencio, por un minuto con treinta y cuatro segundos, o quizá treintaiséis, para luego darle rienda suelta a todas mis palabras, como una rueda de carrito de supermercado que se mueve en dirección opuesta, te hablaré sobre el día que terminé con la Marcela, y después me pillé un trébol de cuatro hojas, te diré que mi libro favorito aún no lo leo, que votaré por el que legalice la cultura, que soy ateo, pero

abierto a la imagen de un dios con el pene del porte de una de sus piernas extendidas, o sin uno, que durante los recreos me hundo en ti, y que siempre elijo una nueva forma de volver a casa.

Así comenzará todo, y un día, en solsticio de verano, pasarás tu lengua húmeda y roja por mi pene, palpitante y con olor a tabaco, harás chocar mis testículos con tu pera, lo sé.

Hablaremos del ayer como si fuese una lámpara potente, del presente como se habla de un perro raquítico, y del futuro como si los versos de Parra nunca se hubiesen escrito. Haremos un nuevo plan para conquistar el mundo cada vez que salga el sol, y al ocultarse, planearemos la huida perfecta de nuestros dominios, siempre distinta.

Sólo eso te puedo prometer, y ahora que lo sabes, por favor no te salves, no faltes a nuestro encuentro casual, no te retrases, no reserves del mundo sólo un rincón tranquilo, no estudies para la prueba, no te equivoques, deja que el tiempo sea en ti, como en mí eres tú.

Pero te advierto, quizá te raspe con mi barba al darte el primer beso, o quizá me equivoque de persona, y por eso llegue tarde a nuestro encuentro, creo.

Por ahora te digo, y de esto estoy seguro, que las postulaciones para acompañarme a la gala están abiertas, ojalá te encuentre pronto, pues el tiempo pasa y por cada segundo soy la mitad de lo que fui en el anterior. Te espero, para así concretar lo nuestro, aunque es más mío que nuestro, porque tuyo no es.



Estaré donde menos lo esperes

Gabriela Bordagaray

Lunes

Era un lunes como cualquiera. Los alumnos llegaban con la misma idea en mente: estaban en su último año y querían que algo distinto ocurriera. A la clase de Historia venía llegando el profesor Manuel y más de uno de sus estudiantes se daba cuenta de su no tan llamativo estado. El profesor llevaba la chaqueta y la camisa arrugadas y su cara denotaba que había pasado mucho tiempo despierto la noche anterior.

Mira la cara que trae el profe, cualquiera pensaría que le acaban de dar una pésima noticia –dijo riéndose uno de los alumnos.

No es para la risa, se nota que el profe se siente solo desde hace tiempo... –explicó en voz baja una de sus amigas.

¿Por qué estás tan segura? Yo diría que solo tuvo un mal día –dijo otro también riéndose.

Porque, ¿no lo ven? Si el profe Manuel tuviera novia, ella no lo dejaría venir con la ropa así, le plancharía. Además se nota en su cara que está solo y amargado.

Y me acabo de dar cuenta de algo –señaló la última del grupo de amigos- ¿Vieron su mano? No lleva argolla.

El grupito de allá atrás, ¿me puede decir cuáles eran las características del Feudalismo? –llamó la atención el profesor, ya que

hace un rato escuchaba rumor de voces y se sentía algo observado mientras daba su explicación.

Los amigos dejaron de hablar hasta que terminó la clase. Luego del recreo tenían Filosofía con la profesora Amanda.

Una de las amigas llegó tarde a la sala y cuando entró notó que el humor de la profesora no era el mejor y no era la primera vez en las últimas semanas. Por intuición miró directo a su escritorio al acercarse y vio un libro de amor, y no de amor ideal, sino de uno sufrido y mal logrado: “Cumbres Borrascosas”.

¿Te diste cuenta de lo mismo que yo? –le susurró a su amiga al sentarse.

¿De su humor y del libro? Sí, me llamó mucho la atención.

Ya empezaron con lo mismo. Entiendan que solo es una coincidencia –reclamó uno de los chicos. Ya le comenzaba a asustar la actitud de sus amigas.

No lo es, mira su mano, tampoco lleva argolla –en ese momento la profesora sacó algo de su bolso: chocolate– Miren, siempre come chocolate. Y siempre los viernes va al café al frente del colegio y nunca nadie la acompaña. Debe estar muy sola.

En ese momento la profesora Amanda los hizo callar y la más astuta de ellas escribió en una hoja y se la pasó a sus compañeros:

“Tengo una idea. En el almuerzo deben ayudarnos, quieran o no. ¡Es nuestro último año! ¿Por qué no hacer algo bueno por alguien?” Los chicos lo leyeron y asintieron.

Martes

Amanda entra al colegio y marca su tarjeta. Toma el libro de clases y se dirige a su clase. En el camino se cruza con muchos estudiantes y colegas, pero ninguno logra sacarla de sus pensamientos. Desea terminar pronto el libro, la conmueve tanto.

Cuando llega a su sala no ve a ningún estudiante, viene adelantada, como siempre. Pero sí nota lo que se luce encima de su escritorio: una hermosa flor rosácea, un clavel recién cortado, con un aroma que impregna el ambiente. Sorprendida, no sabe si tomar el regalo o no. Se decide, y al tomar la flor encuentra una pequeña tarjetita, con un mensaje corto y preciso:

Para Amanda,
M.

¿Quién le mandaría una flor? No tiene novio ni pretendientes, que ella sepa. Pero bueno, después de todo es un regalo y se siente agradecida. Busca un vaso y pone la flor en agua, sin dejar de pensar en el enigmático sujeto que se esconde tras el clavel. Le encantaría agradecerle por aquel presente tan romántico y que la ha dejado en otro mundo.

Miércoles

Tiene sueño, como todas las mañanas a esa hora. La noche anterior se ha desvelado nuevamente. El café del primer recreo logra sacarlo un poco de ese malestar. Camina con su taza a la sala mientras mira su arrugada chaqueta. Siempre piensa que el

fin de semana la planchará, pero el tiempo y las ganas no le alcanzan. Si al menos no viviera solo... Un grupo de niños pequeños corriendo sí que lo despiertan y de paso casi le botan su café. En la sala, comienza a revisar las guías y pruebas que tiene que entregar y revisar, momento en el que se percata que hay un papel de más entre sus cosas. Una tarjeta, no muy grande, y que solo contiene unas breves palabras:

Manuel, muchas gracias por la flor,

A.

Desconcertado, releyó unas diez veces el mensaje antes de captar la idea. ¿Una flor? ¿Él? Que recuerde, no ha regalado nada en los últimos días, debe ser una equivocación, piensa. Pero la tarjeta dice explícitamente su nombre, es para él ese agradecimiento. Piensa que tal vez alguien le juega una broma, pero por algún motivo se siente entusiasmado. Guarda la tarjeta en su mochila y comienza a preguntarse quién puede estar enviándole tales señales, aunque no está ni cerca de imaginarlo.

La profesora Amanda seguía en la luna: Había terminado su libro “Cumbres Borrascosas” y su amor por la literatura y el romance crecía cada día. Era una soñadora y no temía demostrarlo. En clases les hablaba de autores reconocidos de Latinoamérica, sobretodo de uno en especial, su favorito: Mario Benedetti.

Mezcla lo social con el arte, se expresa tan elegantemente y tiene unos personajes que te identifican tanto. Es realmente un gran escritor y poeta.

Profe, ¿tanto le gusta Benedetti? – preguntó un alumno.

Por supuesto, es mi autor favorito.

Entonces las dos amigas se miraron: acababan de tener una excelente idea al escuchar a la profesora y nuevamente necesitaban de la ayuda de sus amigos, quienes ya estaban emocionados con el juego y no les molestaba que sus amigas acudieran a ellos.

Jueves

Después de clases, Amanda cruza hacia el café que está frente al colegio. Es un sitio tranquilo donde se sienta a leer. Busca su mesa habitual junto a la ventana. Hay un libro sobre su mesa. Le pregunta al joven que atiende, y él le responde que un hombre, joven, ha dejado el libro para ella. ¿Quién? Toma el libro, es pequeño, de bolsillo. Lo primero que ve es el título: “Quién de nosotros”. Es de Mario Benedetti. Se emociona, es el segundo regalo que recibe en pocos días. Pero este es más íntimo, más personal que la flor, por muy hermosa que ésta fuera. Una flor podría ser para cualquier mujer, este libro era para ella. Abre el libro y encuentra una dedicatoria en la primera hoja:

Para Amanda:

“Estaré donde menos lo esperes, por ejemplo, en un árbol añoso de oscuros cabeceos. Estaré en un lejano horizonte sin horas en la huella del tacto, en tu sombra y mi sombra.”

M.

Mira hacia las demás mesas y hacia la calle. No hay nadie que

parezca observarla. Se siente como una niña, comienza a ilusionarse con este hombre gentil que le manda flores y libros. Pien-
sa que tal vez debería hacer algo para darle las gracias. Sospecha
quien puede ser M. Le gustaría tener razón. Lo medita por un
tiempo mientras toma su café y finalmente decide esperar un
tercer mensaje. De ser así ella lo buscará.

Viernes

Después de almuerzo, Manuel recibe otra tarjetita agradeciéndole regalos que él no ha dado: debería estar asustado o molesto, pero no lo está. Está asombrado. Reconoce que le gusta esta emoción de buscar a quien le manda los mensajes.

Gracias por el libro, Manuel. Me gustaría verte, ¿puede ser hoy en el café frente al colegio a las 17.00 hrs? Te espero.

A.

Manuel sonríe mientras lee la nota. Está casi seguro de quien es A. y tiene muchas ganas de estar en lo cierto.

A la misma hora, en otro sitio del colegio, Amanda recibe el tercer mensaje:

Quiero conocerte Amanda. Te veré en el café frente al colegio.

Nos vemos a las 17.00 hrs.

M.

La tarde les parece eterna. Suena el timbre de la última clase. El colegio va quedando vacío. Ambos deciden que quizás ha llegado

el momento de ser felices.

Amanda llega al café 5 minutos antes y se sienta en su mesa de siempre. Pide su taza de café y saca su nuevo libro de Benedetti. Espera ansiosa mientras pasa la palma de su mano por la cubierta del libro.

Manuel está muy nervioso. Son las 17.00 y está junto a la puerta del café al que lo han citado. Mira a todos lados buscando alguna cara conocida y cuando comienza a desistir, la ve, cabizbaja en una de las mesas del fondo, junto a la ventana. Era ella, como él quería que fuera. Se siente algo avergonzado y piensa si es buena idea entrar. Cuando ha decidido irse antes que ella lo vea, Amanda se da vuelta hacia la puerta. Era él, como ella quería que fuera. Le sonrío. A Manuel le parece realmente hermosa, con su sonrisa de niña y sus ojos francos. Él le sonrío de vuelta, se arma de valor y avanza hacia su mesa.

Se sienta frente a ella, observa el libro y entiende un poco lo sucedido. Ella le toma la mano suavemente, y le agradece con la mirada esa semana llena de sorpresas.

En la esquina, semi escondidos detrás de un quiosco de revistas, cuatro estudiantes observan la escena. Valió la pena esta semana de aventuras. Buen trabajo. Se despiden y cada uno toma su rumbo a casa.



Jumper y azul marino

Jowa

Jumper azul marino dos dedos arriba de la rodilla. Hormonas revolucionadas versus amores idealizados. Hombres rockeros y compañeros mateos. Sin maquillaje para ir al colegio, en la casa: ojos delineados. En los tiempos en que el rock sonaba en mi cabeza y el cabeceo era habitual de todos los fines de semanas. Pelo verde, a la inspectoría el día lunes. Pelo negro para el día martes. Así sucedían los días, entre lo que uno copiaba, lo que uno era y lo que uno deseaba ser. Mi mamá siempre decía: dos dedos arriba de la rodilla. Y yo, siempre creí que el jumper me hacía ver como un embutido, recalcando mis cañuelas de pollo, para las cuales, usaba tres calcetines minuciosamente arreglados, mientras mis pies se achicharraban.

Jockey azul marino, pelo decolorado y piercing en la ceja. Trabajo versus universidad, vivir con los padres o vivir en una pensión. Ropa rota, ropa formal. Egresado el 2004, carrera frustrada, multitiempo. Los días trascurrían entre vivir la vida como Jim Morrison y recitar poemas en la azotea de un edificio, o suicidarse a los 27, con estilo, como Kurt Cobain. Su mamá siempre le decía que entrara de nuevo a la universidad. Él siempre pensó que no quería seguir siendo un esclavo.

En eso estábamos, mientras comenzaba la historia de un algo.

Porque en estos tiempos uno no tiene pololo, ni novio, uno tiene “algo”. Pero la historia no comienza para los dos por igual. Yo, como digna adolescente idealista, tuve un amor platónico durante dos años. Desde que lo vi por primera vez andado en bicicleta, con un mechón azul, que rozaba su brazo con más carnes que mis piernas y yo, caminando con mi jumper y mis cañuelas de pollo detrás de 100.000 hebras de hilo. En dos años, solo había conseguido recolectar dos datos: le decían Snoopy y a una amiga le gustaba. Las amigas siempre marcaban territorio. Y uno tenía que andar fingiendo, por el solo hecho de no andar gritando, a los cuatro vientos, quién te gustaba, -para algo existen los diarios de vida-.

Halloween del 2006. Yo, carreteando en la calle con gente que no conocía y tomando Ron barato -el que me costaría una caña de 24 horas, en los tiempos en que perder un día, no era tan terrible-. Él, con la bicicleta de siempre y con el mismo jockey azul marino, donde ocultaba su rostro. Yo no sé cómo uno se puede enamorar de alguien al que nunca le has visto bien el rostro, pero ahí entra en juego la imaginación -que tanto nos gusta a las idealistas-. Después descubrí que tenía pecas y una cara mucho más dulce de la que yo imaginaba, soñando con ese niño rudo con facciones toscas y vida de bohemia.

Se llamaba Eduardo y vivía a una cuadra de mi casa. En esos entonces yo era pava -al igual que ahora- y no dimensionaba el tiempo y mucho menos el espacio. ¡Cómo! viviendo a una cuadra

de mi casa nunca se me ocurrió pasarme por fuera –de manera interesante- o dejarle una cartita, con los bordes sin cortar, en la ligustrina de su casa. Eso pensaba mientras el alcohol se subía a mi cabeza y me pasó algo como “apagar tele”. Al otro día desperté, me miré al espejo y dos cosas había perdido:

- 1- La purificación de mi hígado virginal
- 2- La oportunidad de conocer a mi amor platónico.

No hay adolescencia sin historias desastrosas. Tuvieron que pasar dos meses más para volver a vernos y que pasara, lo que toda niña quiere que pase: que tomados de la mano, te den un beso en una situación romántica. Esto fue algo parecido: Un niño me perseguía, yo arrancaba por todos lados y temí por mi vida. Él tomó mi mano y dijo: yo te cuidaré –con un olor a pucho y algo más-. Mi estómago se apretó y mis manos temblaban –como ahora cuando expongo en la universidad-. El me miró, me besó y yo, lo disfruté. Después miramos la luna –rutina que aún hago, cada día al volver a casa. Recordando algunas veces, antiguos amores que te producían mariposas en el estómago y sudor en las manos-. Ahí descubrí que tenía pecas y la tez más blanca de lo imaginado. Después me confesé. Le conté al señor cura-Eduardo, que había sido mi amor platónico durante dos años. Él me recordó que nos habíamos encontrado en una tocata y que rockeamos juntos. Yo le dije que lo encontraba mino pero que me daba miedo. Él me dijo que no me fuera y que yo le gustaba.

Estos, son los momentos en que uno se siente *winner* y el ego se te sube a nivel mil, dejando atrás, el jumper azul dos dedos arriba de la rodilla. Hasta que te sientes chiquitita y jorobada, cuando él te empieza a hacer insinuaciones de otros niveles, a los que tú aún no has llegado – y no crees estar preparada para llegar-. Los hombres siempre rompen los hechizos con su libido, que es el de un adolescente, hasta que tienen que usar la denigrante pastillita azul. Yo que solo me conformaba con un besito y él haciéndome pensar en partes de mi cuerpo, que no sé si estaban en las mejores condiciones de ser mostradas y tampoco querían serlo. Yo temí e hice la fuga del héroe romántico. Pero la única tragedia fue que él se enojó y se buscó a otra.

De vez en cuando nos encontrábamos caminando entre Recoleta y Zapadores, el mismo lugar donde lo vi por primera vez. Yo iba con mi pololo y él con la suya. Las miradas eran de un: perdóname. La mía, por verme como un embutido con el jumper azul marino. Y la de él, quién sabe. Desde entonces nunca más me arranqué, pero el arrancó de mí, sin jumper ni cañuelas de pollo, cinco años después en un encuentro fugaz tras habernos encontrado por el Facebook –esa página web con el logo azul marino-.

Amores de Colegio

Cuentos seleccionados

La Biblioteca Libre es una biblioteca colectiva creada con los aportes de miles de libros de cientos de personas, para que éstos sean compartidos entre todos y no se pierdan en los hogares.

Siempre en la línea de compartir y generar conocimiento, quisimos ampliar esta Biblioteca de libros e historias ya leídas, para divulgar historias inéditas de personas que sientan el impulso, la necesidad o las ganas de compartirlas, a través de un concurso literario abierto a toda la comunidad.

Así, “Amores de colegio” recoge 10 de las más de 160 historias que recibimos en nuestro primer concurso, contando alguna vivencia memorable de la etapa escolar. Amores y desamores, celos y desilusiones, declaraciones fallidas, momentos irrepetibles... El papel dio para todo, y justamente eso buscábamos: despertar tu apetito literario, despojar tu vergüenza y explotar tu creatividad.